

23 DE FEBRERO, 1932. PRINCIPIO MASCULINO Y FEMENINO EN LA NATURALEZA.



Sándor Ferenczi

Me sorprendí, y continúo sorprendiéndome con razón, del hecho de que, psicológicamente, no pueda explicarse nunca enteramente la afirmación del displacer. Partiendo de mi experiencia con una paciente (que después de años de sufrimiento, de quejas, de exaltaciones, etc., más una frigidez completa, se ha despertado al mismo tiempo que su carácter ha cambiado, se ha vuelto comprensiva, llena de consideraciones por los otros, caritativa, generosa, lista a tolerar todo lo que hasta entonces le era insoportable, alcanzando una especie de madurez tardía de sus sensaciones sexuales), llegué a la idea, siguiendo en realidad una indicación consciente de la paciente, que en el organismo femenino, a saber, en la psique, se encarna un principio particular de la naturaleza que, contrariamente al egoísmo y la afirmación de sí del hombre, puede ser concebido como un querer -y poder- sufrir maternal. La capacidad de sufrir sería, en consecuencia, una expresión de la femineidad, aun cuando el hecho de sufrir, de soportar, de tolerar, se desarrollase en cualquier dominio de la naturaleza, por lo tanto en apariencia completamente fuera de la sexualidad. Incluso si esto puede parecer exagerado, no es quizás disparatado hablar de que en el momento en que una fuerza o una sustancia “está sometida” a la influencia cambiante, modificadora, destructora de otra fuerza, se debe, además de la intensidad relativa y absoluta de la violencia, tomar igualmente en cuenta la influencia de lo femenino, que debe ser admitido virtualmente en todas partes; incluso podría preguntarse si, sin el asentimiento de lo femenino en las sustancias, podría realizarse alguna vez un cambio, incluso por la más potente de las fuerzas. Esta generalización me libera, es verdad, de la tarea hasta ahora insoluble de explicar el altruismo simplemente por una complejidad de motivaciones de egoísmo, como parecía evidente para los investigadores de las ciencias de la naturaleza que somos. ¡Ay! se puede objetar a esto, desde el punto de vista científico, que de este modo nos sustraemos a una tarea insoluble, como en la afirmación: la miseria viene de la pobreza; el altruismo y la capacidad de soportar el sufrimiento provienen de un principio particular del altruismo y de la capacidad para soportar el sufrimiento. A pesar de todo, no es completamente insensato sostener el punto de vista del dualismo; los ejemplos innumerables que existen por todas partes, de bipolaridad, de ambivalencia, de ambitendencia, parecen justificar que se considere el conjunto de la naturaleza no solamente desde el punto de vista del principio del egoísmo, sino también a partir de una dirección pulsional opuesta, la del altruismo. Todo esto no sería más que una modificación aparentemente leve de la hipótesis freudiana de las pulsiones de vida y de muerte. Yo pondría otros nombres a la misma cosa. La pulsión de “hacerse valer” y la pulsión de conciliación constituyen juntas la existencia, es decir, la vida en el universo. La vieja proposición: *natura horret vacui*(1) y otra nueva que es necesario forjar: *natura horret cumuli*(2) deben ponerse una al lado de la otra, ya que juntas expresan, de un modo más bien antropomórfico, la ubicuidad de estos dos principios. El egoísmo es la tendencia a desembarazarse a cualquier precio del quantum de tensión que produce displacer. Es como si en cualquier parte en que emerge una entidad que no quiere y no puede sufrir, las pulsiones y las tendencias de conciliación fueran movilizadas desde todos los costados, evocadas como por magia, igual que en la sociedad humana lo femenino se combina con lo que es fuertemente masculino.

La singular consecuencia de la hipótesis según la cual hay algo pulsional en la voluntad de conciliación, lleva lógicamente a la afirmación de que para la sustancia, o para el ser en el cual esta pulsión es, o se hace,

fuerte, incluso la única dominante, el sufrimiento es no sólo algo tolerable, sino incluso algo deseado, fuente de satisfacción. Ejemplo principal: el placer de la maternidad es, en realidad, el placer de tolerar seres vivientes parásitos que se desarrollan de manera perfectamente egoísta a expensas del cuerpo propio de la madre. Analogía con esto: el sufrimiento del ser humano privado de amor en el que la vida despierta el principio femenino de la voluntad de conciliación. Sin pronunciarse por lo tanto sobre las diferencias de valor de estas dos fuerzas naturales, parece cierto que el principio femenino, es decir, el principio de sufrimiento, es el más inteligente. “El mas sabio cede.” La prevalencia unilateral del principio egoísta, corresponde al sadismo; la de querer-sufrir, al masoquismo.

Un sufrimiento muy fuerte o de larga duración, pero sobre todo algo inesperado que tenga un efecto traumático, agota la pulsión de “hacerse valer” y deja que las fuerzas, los deseos, incluso las particularidades del agresor, penetren en nosotros. Ninguna sugestibilidad sin participación del principio femenino. Bajo la pulsión de “hacerse valer” se puede ubicar el principio de placer freudiano; bajo la pulsión de conciliación, el principio de realidad.

(Sandor Ferenczi. Diario Clínico. Editorial Conjeturales, 1984, p. 71-74).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.